



Roda da Fortuna

Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medievo
Electronic Journal about Antiquity and Middle Ages

Reche Ontillera, Alberto; Souza, Guilherme Queiroz de; Vianna, Luciano José (Eds.).

Carlos J. Rodríguez Casillas¹

La guerra medieval en su contexto: entre el mito y la realidad

A guerra medieval em seu contexto:
entre o mito e a realidade

Resumen:

Hasta hace poco, el estudio de la guerra medieval estuvo influenciado por toda una serie de mitos provenientes, sobre todo, de la historiografía militar decimonónica y por la comparación que los ejércitos medievales sufrieron con respecto a los de la Antigüedad y a los del comienzo de Época Moderna. No obstante, la renovación historiográfica que se produjo a finales del siglo pasado en el seno de dicha materia histórica, derivó en una reinterpretación de del fenómeno militar ocurrido durante el periodo medieval. Por todo ello, este artículo intentará analizar la guerra medieval desde la óptica de la investigación actual, abordando su evolución historiográfica y las vías de investigación que se están desarrollando hoy día.

Palabras clave:

Guerra; Edad Media; Historiografía.

Resumo:

Até recentemente, o estudo da guerra medieval foi influenciado por uma série de mitos provenientes, sobretudo, da historiografia militar do século dezenove e pela comparação que os exércitos medievais sofreram com respeito aos exércitos da Antiguidade e os do começo da Era Moderna. No entanto, a renovação historiográfica que ocorreu no final do século passado sobre este tema histórico levou a uma reinterpretção do fenômeno militar que ocorreu durante o período medieval. Por todas estas razões, este artigo procura analisar a guerra medieval a partir da investigação atual, abordando os progressos historiográficos e as novas linhas de pesquisa que estão sendo desenvolvidas hoje.

Palavras-chave:

Guerra; Idade Média; Historiografia.

¹ Becario de la área de Historia Medieval de la Universidad de Extremadura.

1. Sobre la idea de la guerra en la Edad Media: investigación y evolución historiográfica

El estudio de la guerra en la Edad Media se convierte, en numerosas ocasiones, en un tema delicado a la hora de abordar, debido a los profundos debates que ha suscitado, y suscita, esta materia histórica entre los investigadores.

En primer lugar, se podría indicar que el análisis de dicha temática ha venido adoleciendo de dos graves prejuicios: uno, que los ejércitos medievales habían perdido todo mínimo de coherencia estratégica a la hora de actuar con respecto al mundo clásico, y dos, el gran predominio que tuvo la batalla como fenómeno bélico por excelencia.

Dos errores interpretativos que sin duda obedecieron a un contexto y a unos observadores que tenían una concepción predeterminada sobre el mundo militar, basadas, sobre todo, en los supuestos ideológicos del que era considerado por muchos como el gran teórico militar en el “arte de la guerra” del momento, Carl von Clausewitz.

Así pues, la concepción que dichos autores tenían sobre el desarrollo de un conflicto bélico, por su experiencia y aprendizaje, se basaba, principalmente, en la actuación de dos grandes bloques armados en un choque directo, con el objetivo final de desarmar y aniquilar al enemigo contrario. Por decirlo de alguna manera, su fuente inspiración había nacido al amparo de las guerras napoleónicas, de las cuales, muchos de ellos sacaron sus conclusiones sobre el proceder a la hora de producirse un enfrentamiento armado.

Será precisamente por esta razón, por la que estos “teóricos de la guerra”, cuando observen retrospectivamente los conflictos del pasado, intentarán amoldar las concepciones marciales imperantes en el siglo XIX a las diferentes formas de hacer la guerra ocurridas en los siglos anteriores. De esta manera, cuando apliquen sus criterios sobre la guerra medieval, se crearán toda una serie de errores interpretativos que serán los que den lugar a los dos prejuicios historiográficos anteriormente citados.

En este sentido, a la vista de dichos teóricos, el mundo de la guerra en la Edad Media estuvo caracterizado por una serie de singularidades totalmente ajenas a sus parámetros ideológicos. Por una parte, sus huestes resultaban heterogéneas, pues se componían de múltiples efectivos (desde el llamamiento general a las obligaciones feudovasalláticas o el mismo mercenariado). Además, su carácter temporal y la falta de permanencia de estos ejércitos,

junto a la carencia de un sistema estable de financiación y unas definidas cadenas de mando, les hacían diferenciar de los rasgos comunes que compartían los ejércitos romanos y los contingentes levantados por los diferentes Estados Modernos a partir del siglo XVI. Precisamente los modelos seguidos y estudiados por los anteriores tratadistas, lo cual incidió en la concepción que se tuvo sobre la “ciencia militar” de dicho momento. En palabras de Philippe Contamine (1984: 264), uno de los mayores expertos en esta temática histórica:

“La reflexiones acerca del arte militar han venido siendo, durante mucho tiempo, obra de historiadores que, preocupados por los procesos de dilatada duración, han intentado comparar el periodo medieval con la antigüedad y con la época moderna. De forma casi invariable, han llegado a la conclusión de que el arte militar de la Edad Media había sido rudimentario, rudo (incluso inexistente), en el sentido de unos conocimientos pensados, organizados y constituidos, aplicables a los diferentes niveles del encuadramiento en función de su rango y de su papel. Muchos de estos historiadores, oficiales militares en activo o retirados, se movían, de forma más o menos conscientes, en las perspectivas de unas enseñanzas pragmáticas, utilitarias y destinadas a futuros oficiales o a escuelas militares, por lo que llegaban la conclusión de que no había nada en limpio que sacar ni que aprender del estudio de las campañas, de las batallas o de los asedios medievales”.

Además, la concepción predominante sobre la guerra giraba, como se dijo anteriormente, en torno al choque directo entre dos bloques armados: la batalla. El estudio de Austerlitz, Leipzig, Waterloo, etc., sería la tónica predominante dentro de los estudios militares. Precisamente en este sentido se pronunciaba Mariano Pérez de Castro (1872: 06), cuando a finales del siglo XIX escribía que:

“Terminada mi carrera militar en el secular alcázar de Segovia, y pasados los primeros años de mi juventud, comencé a dedicarme a mis estudios favoritos, al conocimiento exacto de la organización, táctica y armas usadas por los diferentes pueblos [para que su obra sirviese al estudio de] la táctica de los célebres Capitanes, investigando sobre el terreno el porqué del triunfo de un ejército y de la derrota del otro; la razón estratégica del resultado respectivamente próspero y adverso de la batalla”.

Por lo que puede decirse, que la batalla se convirtió en el centro de análisis de los estudios militares.

Como afirma Sean McGlynn, la Edad Media posee grandes batallas, y por mucho tiempo la guerra medieval se estudió a través de los diferentes choques registrados en la época (McGlynn, 2009: 149). De igual manera,

García Fitz, alude que los especialistas de finales del XIX y principios del XX, prestaron atención casi en exclusiva al análisis de las confrontaciones en campo abierto de dos fuerzas armadas, en las que los caballeros ocuparían un papel decisivo.

El resultado de todo este proceso teórico, sería la creación de un escenario característico que giró en torno a los encuentros campales y que convertiría a la caballería feudal en el arma por excelencia (García Fitz, 2008: 15).

Por otra parte, como consecuencia de esa atención prestada, casi en exclusiva, a los choques frontales en campo abierto, la perspectiva que se tenía sobre la guerra medieval quedaba deformada, ya que cualquier otro tipo de operaciones pasaba, de forma inevitable, a un segundo plano para el interés de los estudiosos.

Sin embargo, en contra de dicha concepción tradicional, como afirma Philippe Contamine, la guerra medieval, en su forma más corriente, consistió en una sucesión de asedios, acompañados de una multitud de escaramuzas y devastaciones, a las que venían a añadirse algunos combates de mayor importancia, batallas más solemnes, cuya relativa infrecuencia compensaba su carácter a menudo sangriento (Contamine, 1984: 127).

En verdad, el resultado de una batalla era siempre incierto, y en algunas ocasiones, aun produciéndose su triunfo, éste no reportaba ningún cambio sustancial, como sucedería con la batalla de Nájera de 1367, donde a pesar de que Pedro I salió victorioso, poco tiempo después sería derrotado política y físicamente por el perdedor de aquella jornada, Enrique de Trastámara.

Quizás fue por esta misma razón, por la que muchos dirigentes del momento intentaron orientar sus acciones hacia otro tipo de estrategia, con menos riesgos y que propiciase una mayor eficacia.

Por lo que podría decirse, sin temor a equívoco, que las funciones defensivas primaron sobre las ofensivas.

En este sentido, debido a la imposibilidad de mantener un ejército permanente en plena actividad, las fortificaciones se erigirían como una solución eficaz a la hora de proteger una determinada población durante una ofensiva, en espera de que las huestes atacantes estuvieran carentes de recursos y se ofuscaran sus aspiraciones de conquista. A lo que habría que agregar que, estando orientada la mayoría de las operaciones hacia el control y la conquista del territorio, la adquisición de un determinado enclave militar, como señala

Carlos de Ayala (Ayala, 1993: 15), permitiría controlar la administración, las rentas y la vida de sus moradores, junto a toda actividad ocurrida en el espacio que lo circundaba. Y es que, como ya se pronunciase Marc Bloch (1987: 417), en torno al poder de control que tuvo la fortificación en la Edad Media:

“los castillos no eran sólo un refugio seguro para el señor y, a veces, para sus súbditos. Constituían asimismo, para toda la región del contorno, una cabeza de distrito administrativo y el centro de una red de dependencias. En ellos, los campesinos ejecutaban las prestaciones personales de fortificación y aportaban sus censos; los vasallos de los alrededores tenían que hacer sus guardias [...] Allí se administraba justicia y de allí partían todas las manifestaciones sensibles de autoridad”.

Es por ello, que de las luchas por el control del territorio y del seguimiento de políticas defensivas, que giraban en torno a la construcción de fortalezas, surgieran hipótesis que incidían en la idea de que el gran grueso de las actividades bélicas estuvo orientado hacia la puesta en práctica de cercos y sitios de forma continuada (Gravett, 1994).

Sin embargo, los estudiosos de la guerra medieval pronto se dieron cuenta de que, más que el establecimiento continuado de sitios, la clave de la forma de actuación de los ejércitos medievales radicaría en el seguimiento de una política de guerra de desgaste o de “tierra quemada”. Como los propios contemporáneos observaron (Martínez, 1985: Ley V):

“El bien y el provecho que al rey y al reino le nace de tal hueste es esto: ganan lo que antes no tenían y se enriquecen a costa de los enemigos, empobreciéndolos y enflaqueciéndolos, lo cual es camino para destruirlos y para conquistarlos de forma más rápida las villas y los castillos y todo lo que tuviesen, o para ponerlos bajo su dominio, que es gran honra para el rey y para el reino, o para vencerlos más fácilmente una vez que se hubiesen empobrecido si les quisiesen dar batalla, puesto que por su pobreza estarían los enemigos peor pertrechados de armas y caballos”.

No obstante, de este modelo de operatividad nacería la segunda opinión peyorativa que durante mucho tiempo se ha venido manteniendo en torno al fenómeno de la estrategia militar en la Edad Media: la carencia de todo planteamiento estratégico.

Así pues, de las continuas expediciones que se realizaron para esquilmar los recursos del contrario, aquellos tratadistas militares, habituados a otras formas de proceder en la guerra, sobre todo en la batalla, observaban dichas prácticas desde una óptica totalmente diferente, que puede sintetizarse en una sola palabra: indisciplina.

Estas actuaciones, por tanto, más que verse como un tipo de estrategia orientada hacia el debilitamiento del enemigo, fueron observadas, por el contrario, como el desencadenamiento de actos de pillería, asalto y robos, como entiende Gervasio Velo en gran parte de su obra sobre la conquista de Coria (Velo, 1956). Es también por esta misma razón, por la que Ch. Oman vendría a exponer su idea de que en realidad, los caballeros constituían un grupo de “señoritos aficionados” que se lanzaban al ataque con grandísimo desbarajuste al calor de la primera sangre (McGlynn, 2009: 159):

“En la Edad Media, no existía estrategia de tipo alguno (si entendemos por estrategia la faceta más sutil del arte militar). Los ejércitos invasores que avanzaban por un territorio hostil no lo hacían con el propósito de atacar algún importante objetivo estratégico, sino con la mera intención de incendiar y asolar las tierras”².

Sin embargo, como mencionábamos anteriormente, los investigadores se dieron cuenta de la importancia que las acciones de devastación tuvieron dentro del contexto de la guerra medieval, por lo que, afortunadamente, aquellas interpretaciones vertidas sobre el mundo de la guerra ocurrida durante la Edad Media se encuentran ya lejanas, percibiendo los investigadores hoy día que, aunque los dirigentes político-militares del momento tuvieron toda una serie de limitaciones (financieras, logísticas, etc.), éstos intentaron sacar todo el rendimiento posible a escasos los medios de los que dispusieron, al plantear un tipo de guerra en la que prevaleció lo defensivo frente a lo ofensivo y en la que predominaron las operaciones de desgaste.

Un cambio de pensamiento que, sin duda fue debido, gracias, sobre todo, a una gran labor revisionista surgida hace unos treinta años y que se encontraba volcada en la realización de importantes investigaciones al respecto.

En este sentido, dicho proceso revisionista tuvo un mayor auge y prontitud en el ámbito historiográfico inglés, como lo demuestran las obras de destacados expertos como J. Gillingham, M. Strickland o C. Allmand (McGlynn, 2009: 12). Aunque tampoco habría que perder de vista la producción francesa, representada, sin duda, por el gran compendio realizado por P. Contamine, y cuyo título no puede ser más alusivo: *La guerra en la Edad Media*.

² Texto de Ch. Oman extraído de: (McGlynn, 2009: 324).

Por otra parte, en lo que a nuestra propia historiografía se refiere, en España este mismo proceso revisionista también se dio, como bien afirma Ladero Quesada en su repaso historiográfico sobre la producción orientada hacia el estudio institucional y político de la Edad Media (Ladero Quesada, 2000: 459). Autores como el propio Ladero con sus investigaciones sobre la guerra bajomedieval son más que ejemplificadores. Aunque para el pleno medieval, sin duda que uno de los mayores referentes lo constituye la figura de F. García Fitz, arrojando una importante luz sobre los fenómenos tácticos, estratégicos, políticos y morales, de la corona de Castilla en su enfrentamiento con los musulmanes del sur peninsular (García Fitz, 2001). Igualmente, también habría que hacerse eco de autores como J. A. Gutiérrez (sobre fortificaciones), o también los nombres de Lema Pueyo, Fernández de Larrea, etc.

En resumidas cuentas, todo un proceso revisionista que ha llevado a que en la actualidad, el pensamiento que se tiene sobre la actividad bélica ocurrida durante el Medioevo sea concebido en función a las siguientes palabras del gran estudioso F. García Fitz (1998: 45):

“La limitación de los recursos económicos, institucionales y tecnológicos de la sociedad medieval, tuvo como consecuencia la imposibilidad de llevar a cabo esfuerzos militares intensos y prolongados, lo cual explica dos de los caracteres básicos de la estrategia medieval: la supremacía de lo defensivo frente a lo ofensivo y el predominio de la guerra de desgaste [...] En consonancia con lo anterior está el predominio de la guerra de desgaste, la generalización de corta duración y objetivos limitados, pero capaces de debilitar las bases materiales del adversario si se realizaban con recurrencia en este contexto, la destrucción física del enemigo en un enfrentamiento campal ocupaba un plano secundario. En resumen, como indicara en su momento Claude Gaier, la actividad bélica medieval podría ser descrita como una sucesión de devastaciones, frecuentes asedios y rara vez, alguna batalla”.

2. La investigación actual y las nuevas perspectivas

Como acabamos de ver, la idea de la guerra medieval ha sufrido grandes transformaciones, hasta llegar a ser aceptado como la verdadera referencia historiográfica el anterior paradigma expuesto por el profesor García Fitz.

No obstante, conviene mencionar también que, aunque la discusión sobre dicha temática haya quedado superada por el conjunto de la comunidad investigadora (sobre todo, desde el área de la Historia Medieval), todavía son

muchos los campos que dicha materia histórica necesita cubrir mediante su análisis.

En primer lugar conviene resaltar la profunda necesidad que tiene esta temática histórica de rodearse de toda una serie de ramas interdisciplinares que potencien sus objetivos y la calidad de sus resultados. En este sentido, la tradicional cartografía, como mera ilustración de textos, debe ser superada en pos de una geografía que explique específicamente lo que se quiere argumentar, siendo la ilustración una parte más de la investigación. Así, el desarrollo de sistemas informáticos utilizados, especialmente, por geógrafos y prehistoriadores, pueden poner en relación al historiador también con el análisis del territorio. Asimismo, es de sobra conocida la necesidad que tiene dicha línea de investigación de profundizar en los estudios arqueológicos. De esta manera, la torpe concepción que siempre se ha tenido de la batalla o del choque armado, como un hecho ilusorio que sólo puede estar representado en nuestra imaginación, cobraría un mayor sentido y relevancia, por cuanto pueden analizarse desde el estudio de los restos arqueológicos el propio armamento, la preparación del terreno, e, incluso, las causas de la muerte de los allí fallecidos.

En otro orden de cosas, en cuanto a la propia investigación se refiere, habría que profundizar en la línea de estudio ya abierta por Fernández de Larrea (1999) y por Ladero Quesada (2010), de intentar reflejar la evolución del ejército como uno de los pilares básicos del Estado, dentro de la monarquía bajo-medieval, analizando cómo sus estructuras se van consolidando entre el siglo XIV y el XV hasta desembocar en el nacimiento de los ejércitos de carácter permanente, y en el surgimiento de los poderosos ejércitos que las monarquías del siglo XVI van a utilizar en los campos de batalla de toda Europa y el Mediterráneo durante sus guerras expansionistas.

Una investigación que va a propiciar, por otra parte, una mejor comprensión acerca de la transición que pudo existir entre los modos de hacer la guerra entre finales del Medievo y los comienzos de la Época Moderna. Esto es, si se dio una profunda renovación militar en cuanto a la táctica y la estrategia de los ejércitos de comienzos del siglo XVI, o si más bien, al contrario, se observa un proceso evolucionista. Tema éste, que se ha convertido en los últimos años en el auténtico “campo de batalla” entre historiadores medievalistas y modernistas.

No obstante, aunque haya que profundizar en el estudio de la evolución organizativa e institucional del ejército, dentro del sistema político-administrativo de las monarquías bajo-medievales, no habría que dejar al margen de la investigación la realidad cotidiana de la guerra. En este sentido,

sería muy interesante analizar la relación que mantuvieron los señores de la guerra de finales de los siglos XIV y XV con sus hombres de armas, o la actuación, financiación, logística y organización de las huestes nobiliarias y de los pequeños contingentes militares que componían los grandes ejércitos reales. Una investigación que tiene tras de sí, además, un interesante atractivo, ya que a través del estudio de estas pequeñas huestes militares se puede rastrear su evolución y sus modos de vida durante los periodos de paz.

A su vez, habría que ahondar en la vertiente social de la guerra. En este sentido, como hemos visto en anteriores apartados de este artículo, la guerra medieval consistió en una guerra de desgaste, lo que conlleva la destrucción de las cosechas y los bienes del adversario, y, por ende, del sustento de la población que habitaba dicho territorio devastado. De esta manera, el impacto de la guerra sobre las estructuras productivas y económicas tuvo que ser enorme durante determinados contextos, por lo que los enfrentamientos tuvieron que desencadenar, además de repercusiones económicas, otras de índole social, tales como migraciones o hambrunas. Asimismo, el estudio de la guerra puede darnos a entender mejor las redes clientelares que tenían establecidas los grandes nobles, e, incluso, las oligarquías de las ciudades.

En otro orden de cosas, el estudio de esta temática histórica a través del análisis regional (que no microhistórico, ni local), puede ayudar a observar el desarrollo de la guerra y los actores principales que intervinieron en ella desde una perspectiva más precisa, pudiendo, posteriormente, intentar comparar lo sucedido en dicho ámbito geográfico con el conjunto del reino, lo que podría dar interesantes resultados.

Finalmente, otro factor importante que habría que estudiar en profundidad sería el de la escritura y la representación de la guerra, o lo que es lo mismo, la justificación de la guerra y la propaganda que utilizaron los protagonistas de un conflicto, y que se terminaría materializando en toda una apología del poder representada en las crónicas y en el propio arte de la época. Precisamente, unas manifestaciones culturales éstas que, como sucede en el caso de las obras de arte, pueden resultar muy ilustrativas acerca del propio armamento y estrategia del momento (si tomamos como referencias las esculturas funerarias de los guerreros o las propias miniaturas e ilustraciones que se realizaron con respecto un determinado acontecimiento).

En definitiva, toda una serie de nuevas perspectivas de análisis que deberán ser abordadas por toda una serie de nuevos y jóvenes investigadores, que vienen siguiendo las líneas de estudios ya iniciadas por sus directores y maestros.

En este sentido, habría que mencionar que, dentro del marco español, existe toda una serie de jóvenes medievalistas que, en la actualidad, están mostrando un enorme potencial dentro de estas universidades.

Así, en la Universidad de Extremadura, al amparo de la línea iniciada por el Profesor García Fitz, tenemos un gran ejemplo con su discípulo David Porrinas (quien fue distinguido por la SEEM en el 2005 entre los jóvenes medievalistas españoles), cuyos trabajos se han centrado en el estudio de las relaciones entre la guerra y la caballería para el pleno Medievo, junto a la realidad militar que encierra la persona del Cid Campeador. En mi propio caso, también bajo la tutoría de García Fitz, el análisis que vengo realizando durante estos años se restringe al conocimiento de la realidad militar, política y social de la guerra ocurrida en el territorio extremeño y en la frontera luso-castellana durante todo el ciclo de los Trastámaras.

Por otra parte, desde el CSIC, Fernando Arias Guillén ha realizado una importante obra de estudio sobre la política militar ocurrida durante el reinado de Alfonso XI y ha profundizado también en el mito y la realidad caballeresca que envuelve la guerra.

Virginia Labrador, desde la Universidad de Valladolid, ha reflexionado en algunos congresos sobre la interesante idea que subyace en la conflictividad religiosa antijudía derivada de la propaganda militar realizada en tiempos de la guerra civil castellana entre Pedro I y Enrique de Trastámara.

Asimismo, ya para el ámbito de la Corona de Aragón y el área de Cataluña, la Universidad Autónoma de Barcelona cuenta con dos jóvenes medievalistas, Alberto Reche y Luciano José Vianna, quienes han ahondado en los estudios político-nobiliarios y en la organización militar de dicho territorio durante finales de la Edad Media.

Por su parte, la Universidad de Valencia tiene un potente y joven equipo de investigación que ha tratado la temática de las oligarquías valencianas a finales de la Edad Media o la justicia y las mediaciones de paz, materializado en el grupo de investigación *HARCA*. Asimismo, también habría que reseñar los estudios que, sobre la nobleza valenciana bajo-medieval, está desarrollando Salvador Ferrando Palomares.

En definitiva, y en resumidas cuentas, la historia militar medieval, desde su largo proceso de renovación historiográfica, ha sabido consolidar una gran línea de investigación que sigue vigente con toda una serie de nuevos retos por delante, que deberán ser resueltos por toda esa nueva generación de jóvenes investigadores formados por los grandes maestros de finales del siglo pasado.

Bibliografía

Ayala, C. de (1993). Las fortalezas castellanas de la Orden de Calatrava en el siglo XII. *En la España Medieval*, N° 16, 09-36.

Bloch, M. (1987). *La Sociedad feudal. T. II. Las clases y el gobierno de los hombres*. Traducción de E. Ripio Perelló. Madrid: Akal.

Contamine, Ph. (1984). *La Guerra en la Edad Media*. Barcelona: Labor.

García Fitz, F. (1998). *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*. Madrid: Arco libros.

García Fitz, F. (2001). *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*. Sevilla: Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

García Fitz, F. (2008). *Las Navas de Tolosa*. Barcelona: Ariel.

Gravett, C. (1994). *Guerras de asedio en la Edad Media*. Salamanca: Ed. del Prado.

Ladero Quesada, M. Á. (2000). Historia institucional y política de la Península Ibérica en la Edad Media (la investigación en la década de los 90). *En la España Medieval*, N° 23, 441-481.

Ladero Quesada, M. Á. (2010). *Ejércitos y armadas de los Reyes Católicos. Nápoles y el Rosellón (1494-1504)*. Madrid: Real Academia de la Historia.

Larrea, J. Andoni (1999). Guerra y sociedad en la Europa Occidental durante la Baja Edad Media, en: Vaca, Á. (Coord.): *La guerra en la historia* (pp. 45-94). Salamanca.

Martínez Díez, G. (ed.), (1985): *Leyes de Alfonso X. Vol. 1. Espéculo*. Ávila.

McGlynn, S. (2009). *A hierro y fuego. Las atrocidades de la guerra en la Edad Media*. Barcelona: Crítica.

Pérez de Castro, M. (1872). *Estudios Militares. Origen y progresos del Arte de la Guerra en España. Desde la época celtibérica hasta el final de la Edad Media*. Madrid: Impr. y litografía del deposito de la guerra.

Velo y Nieto, G. (1956). *Coria. Reconquista de la Alta Extremadura*. Cáceres.

Rodríguez Casillas, Carlos J.
La guerra medieval em su contexto: entre el mito y la realidad
www.revistarodadafortuna.com

Recebido: 28 de maio de 2012
Aprovado: 30 de novembro de 2012